FUTURO

Por Juan Carlos Volnovich

Una epidemia de fidelidad se ha desatado entre los hombres de esta década. El contagio no respeta límites de edad ni historia previa. Afecta indiscriminadamente a adolescentes y adultos. A solteros y a casados. A tímidos y a mujeriegos considerados, hasta ahora, incorregibles. La fidelidad, supremo imperativo ético, tiende a expandirse. Pero, ¿de qué naturaleza es esta fidelidad? Digámoslo de entrada: nada tiene que ver con la hipócrita moral burguesa que retorna victoriosa después del duro golpe recibido por los movimientos de liberación sexual de los 60. Esa fidelidad es otra cosa muy distinta de...

Fidelidad masculina e individualismo posmoderno

MACHOS FIELES DE GRAN CORAZON

NOSTALGIA DE TOTALITARISMO
por Marc Augé

"POPPER ES MARXISTA"
por Eduardo Rabossi



... aquella conyugalidad presesentista que estaba asociada, antes que al placer, al deber. Esta –la de ahora– es una fidelidad de un nuevo cuño que no intenta restablecer su hegemonía sobre la base de pactos, juramentos ni cautiverios; antes que convalidar la lealtad obligada y la esclavitud a la pareja, se libera de ella. La fidelidad individualista de fines del milenio se basa en el culto a la honestidad, en la necesidad de buscar la perfección; se apoya en la decisión de usar racionalmente los recursos afectivos, en la optimización del sexo, en la consagración del deseo. Más que fidelidad a la mujer que se ama es fidelidad con uno mismo: fidelidad narcisística, que es inseparable del anhelo a estar de a dos, sin mentiras de por medio.

Más que fidelidad a la mujer que ama, el varón posmoderno mantiene una incorruptible fidelidad al imperativo individualista del neoliberalismo: la eficacia en todo y ante todo; la obsesión por maximizar la productividad, por optimizar el rendimiento. En los tiempos que corren la gestión del sexo tiende a ser funcional; tiene que garantizar algún rédito; impone la capitalización y la higiene personal; está en función de una carrera que conduce al equilibrio y al éxito. En pocas palabras, cuando la consigna es la excelencia, se introduce la "calidad total", también, en la pareja.

Su contraparte, la *infidelidad*, se da de patadas con el individualismo de la era: contradice sus ideales. La infidelidad es derrochona; dilapida polvos y esfuerzos; despilfarra sudores; los ocultamientos y las opacidades le quitan plenitud; sólo aporta amores regalados que no conducen a ninguna parte y tiende a eternizar a los hombres en la repetición improductiva de los primeros escarceos amorosos. Los excesos gratuitos, sin sentido, sin acumulación de capital (aunque éste sea afectivo), no son para esta época.

Estos hombres posmodernos desafiados por la exigencia de la eficiencia, sometidos a imperativos de honestidad y éxito. ¿Cómo son? Yo los conozco bien. Los oigo todos los días lamentarse en el diván por no poder alcanzar las metas que se imponen; despotrican contra las obligaciones que los aplastan, sufren por las imposiciones que no pueden cumplir, gritan exultantes cuando, al fin, tienen éxito con tal o cual trabajo, demandan de su mujer el mismo amor sin barreras que ellos ofrecen. Ya no confían en las causas colectivas; la solidaridad dejó lugar al cálculo de los recursos necesarios para triunfar. Los proyectos de transformación social, en general, cedieron su espacio al proyecto de consagración personal en pareja. El ideal de ganar a cualquier precio, la necesidad de vencer para no perecer, de triunfar para no desaparecer, los transforma en *winners* que se desviven al intentar armonizar los logros profesionales con los logros en la intimidad. El ejecutivo posmoderno de hoy en día –como el de antaño– también va "del sillón al avión y del avión al sillón". Sólo que –neobarroco, al fin– la unión entre esos dos puntos de referencia incluye, ahora, el elíptico circuito que pasa por la cancha de paddle, por el geriátrico para visitar a la mamá que tiene allí depositada, por el *shopping* elegante, por la



reunión de padres en la escuela de su hijo pequeño (el del segundo matrimonio, se sobreentiende), por la dentista donde va muerto de miedo cuando ya no puede más, y por el instituto que detiene la caída del cabello después de la clase de yoga y antes de su sesión de análisis.

¿Visita a su amante? ¿Tiene aventuras fugaces? Sí. A veces. Menos de lo que cualquiera puede suponer.

¿Cómo le va en ese encuentro amoroso? Ni bien, ni mal. Ningún desenfreno, nada escabroso pasa allí.

¿Cómo sale? Ni culpable, ni exultante. Un poco aburrido, nomás. Libre de excesos, el encuentro lo deja más bien indiferente.

Las mujeres que se les ofrecen para la aventura ocasional, aquellas que toman la iniciativa y con las que "curten", son visualizadas más como un *peligro y un trabajo* que como un remanso de placer. Están allí como una molestia que uno puede enfrentar o eludir. Y, generalmente, eligen esto último. Sólo con las putas la cosa es diferente. Las putas se dedican a atenderlos a cambio de cobrar por el servicio.

Estos hombres posmodernos son los mismos que en la década del 60 reforzaban su virilidad entrenándose cual atletas del sexo para una competencia olímpica. Cantidad y simultaneidad de mujeres regían, entonces, el coeficiente de realización masculina. La felicidad de aquellos años estaba unida a la fascinación ante un universo erótico inimaginable y la diversidad sexual que se abría más allá de la represión auguraba una infinidad de goces imposibles. El poder del "macho", entonces, desbordaba ampliamente el éxito de los múltiples malabarismos para que su mujer no se entere y su amante no lo deje.

Hoy en día, la libertad sexual de los varones es más exhibida que practicada; más declamada que ejercida. El discurso de "cuánta' mina que tengo", la letanía del placer erótico irrestricto, el relato de las hazañas olímpicas duran el tiempo que se tarda en pasar de la charla en la mesa del café con los amigos o en la oficina de la empresa hasta llegar al diván del analista. La exaltación del intercambio de pareja, de la pareja abierta, de la rotación de cónyuges, de la "promiscuidad" asumida, de los excesos libidinales ha perdido la intensidad que supo ostentar en otras épocas. Sólo se la valora en las revistas "porno" que duermen el sueño del desprecio en el kiosco de la esquina, en los avisos clasificados de "servicios de escorts", o en las películas "condicionadas" del videoclub. El tema de la exaltación erótica tiende, cada vez más, a convertirse en nostálgico discurso de ex combatientes. Más sedentarios que nómadas, más equilibrados que paroxísticos, más *clean* que *dirty*, mejor calidad que cantidad, a la sexualidad de los varones posmodernos casi nada le queda del "libertinaje" anunciado en los 60 y pronunciado en los 70. Las libertades sexuales que supimos conseguir entonces parece ser que han abolido los excesos libidinales. Y es así que los vemos instalados en este neoindividualismo posmoderno que permite todo, no obliga a nada, no exalta virtudes, no sataniza inclinaciones ni preferencias sexuales, sugiere apenas un nuevo equilibrio erótico que reemplaza las prescripciones y las proscripciones de la moral burguesa, propiciando una estabilidad *light* que se funda en el acuerdo con uno mismo, en la compatibilidad con el propio deseo: de-

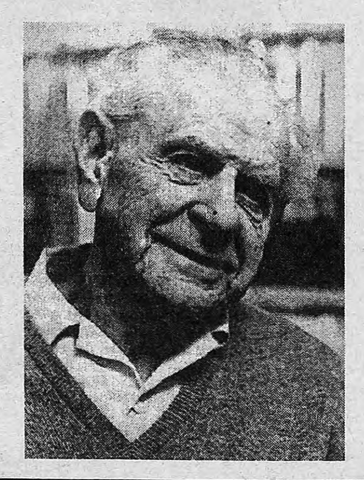
"...POPPER ES MARXISTA!!!"

Por Eduardo Rabossi*

1. Lo sentaron de un empujón delante del funcionario policial. Trató de tranquilizarse. Un par de días atrás había sido secuestrado en Buenos Aires y trasladado luego a Bahía Blanca. Había conocido la violencia física y entrevisto la posibilidad del final. Pero ahora, ciertos rasgos de la situación sugerían que "lo habían blanqueado". El interrogatorio apuntaba a "confirmar" su connivencia con el marxismo. "¿Dónde estudiaste?"/ "En Filosofía de la UBA... y en la Universidad de Londres". El dato, que creyó liberador, se volvió en su contra: las conexiones internacionales comenzaban a aparecer. "¿Qué hiciste ahí?"/ Estudié filosofía, especialmente con Bernard Williams... además, tomé varios cursos con Popper"/ "¿Con quién?"/"Con el Profesor Karl Popper". Lo de "Karl" le sonaba al policía: era un nombre obviamente sospechoso. Pero intentó asegurarse: "¿Cómo se escribe el apellido?"/ "P-o-p-p-e-r". La prueba definitiva se había producido. Con ese nombre y ese apellido, ¿qué duda podía caber: "¿Estudiaste con ese marxista?". Sorprendido, atinó a mascullar: "Pero no... pero si Popper... si *La sociedad abierta*...". No pudo completar la frase. El policía, golpeando la mesa, sentenció: "...Popper es marxista!!!". El objetivo inquisitorial había sido alcanzado.

No es si Popper conoció esta historia (dicho sea de paso, me la relató Félix Schuster). De conocerla, le habría causado gracia ("¿Yo marxista?"). Posiblemente, lo habría hecho reflexionar sobre la relación de los tiempos verbales con el absurdo y la verdad. Porque en la posguerra del 18 Popper sí *fue* marxista: abrazó la socialdemocracia (que en esos años era una opción marxista) y militó por un tiempo en las filas del comunismo. En esto, Popper no fue una excepción. Muchos jóvenes intelectuales austríacos, de ideales progresistas, adoptaron posiciones parecidas. Los miembros del Círculo de Viena ejemplifican ese fenómeno. Pero la cosa no duró mucho tiempo. La furia reaccionaria de Dolfuss y la barbarie nazi terminaron con un renacimiento que habría hecho de Austria uno de los países líderes del siglo XX en materia filosófica.

2. "El encuentro con el marxismo fue uno de los grandes acontecimientos de mi desarrollo intelectual...", porque "me hizo falibilista" (las opiniones "ciertas" acerca del mundo pueden fallar) y "me inculcó el valor de la modestia intelectual". No hay contradicción en estas afirmaciones, Popper asume el marxismo como un credo que se basa en el conocimiento de las leyes del devenir histórico para prometer un mundo mejor. Un dogmatismo ilustrado, digamos. Su crisis se produce cuando advierte que no hay tal *conocimiento* y que, en situaciones concretas, sus camaradas toman decisiones de muy dudosa moralidad. "La reacción me tornó primero un escéptico: por un tiempo reaccioné contra todo racionalismo. Luego me volví antimarxista... Por algunos años seguí siendo socialista... y si pudiera haber tal cosa como el socialismo combinado con la libertad individual, seguiría siendo socialista... (pero) la libertad es más importante que la igualdad... (y) el intento de lograr la igualdad pone enpeligro la libertad..." Es notable lo poco falibilista que es Popper cuando están en juego sus propias opiniones políticas y filosóficas, la manera ingenuamente acrítica en que recoge los términos de la polémica entre "libertarios" e "igualitarios", y la escasa modestia intelectual que caracteriza las afirmaciones con las que respalda sus emotivas decisiones.



3. *La sociedad abierta y sus enemigos* data de 1945. Es la única obra filosófica de porte que, en la posguerra, presentó batalla a los intentos de forjar teorías generales acerca de cómo diseñar y hacer funcionar una sociedad. Doce años más tarde, *La pobreza del historicismo* completa el plan de Popper. Mucho se ha escrito y discutido acerca de la confiabilidad de sus interpretaciones, de la validez de sus inferencias y, en general, del peso final de sus argumentos. También se han analizado y criticado, con razón, sus propuestas alternativas: su confianza en la "ingeniería social gradual", su caracterización de la sociedad abierta en términos de fideístas ("fe en la razón, en la libertad y en la hermandad de todos los hombres...") y sus puntos de contacto con Hayek y el neoconservadurismo. Pero creo interesante dejar planteada una pregunta que debería merecer atención: ¿cuál es la conexión existente (si la hay) entre las tesis de Popper sobre el conocimiento y sus dogmas políticos (en particular, el liberalismo individualista)? Popper ha asociado el racionalismo con el humanitarismo, pero ha reconocido que a veces el irracionalismo también está asociado a él. A continuación ha subrayado que, aunque esto se dé en la práctica, carece en realidad de fundamento. Pero, ¿cómo juegan esas relaciones (si las hay)? Mi impresión es que el sistema popperiano (teoría del conocimiento + teoría política) constituye un bloque mucho más compacto de lo que parece a primera vista, y que no resulta tan obvio que se pueda tratar a sus componentes como ámbitos estancos.

4. Ha fallecido uno de los filósofos importantes del siglo XX. Va a pasar a la historia. Mi apuesta es que lo va a ser, no tanto por sus contribuciones originales, sino por el peso de sus planteos críticos. Obviamente, que jamás por su marxismo.

** Filósofo. Ex secretario de Derechos Humanos durante el gobierno de Raúl Alfonsín.*



... aquella conyugalidad presesentista que estaba asociada, antes que al placer, al deber. Esta –la de ahora– es una fidelidad de un nuevo cuño que no intenta restablecer su hegemonía sobre la base de pactos, juramentos ni cautiverios; antes que convalidar la lealtad obligada y la esclavitud a la pareja, se libera de ella. La fidelidad individualista de fines del milenio se basa en el culto a la honestidad, en la necesidad de buscar la perfección; se apoya en la decisión de usar racionalmente los recursos afectivos, en la optimización del sexo, en la consagración del deseo. Más que fidelidad a la mujer que se ama es fidelidad con uno mismo: fidelidad narcisística, que es inseparable del anhelo a estar de a dos, sin mentiras de por medio.

Más que fidelidad a la mujer que ama, el varón posmoderno mantiene una incorruptible fidelidad al imperativo individualista del neoliberalismo: la eficacia en todo y ante todo; la obsesión por maximizar la productividad, por optimizar el rendimiento. En los tiempos que corren la gestión del sexo tiende a ser funcional; tiene que garantizar algún rédito; impone la capitalización y la higiene personal; está en función de una carrera que conduce al equilibrio y al éxito. En pocas palabras, cuando la consigna es la excelencia, se introduce la "calidad total", también, en la pareja.

Su contraparte, la *infidelidad*, se da de patadas con el individualismo de la era: contradice sus ideales. La infidelidad es derrochona; dilapida polvos y esfuerzos; despilfarra sudores; los ocultamientos y las opacidades le quitan plenitud; sólo aporta amores regalados que no conducen a ninguna parte y tiende a eternizar a los hombres en la repetición improductiva de los primeros escarceos amorosos. Los excesos gratuitos, sin sentido, sin acumulación de capital (aunque éste sea afectivo), no son para esta época.

Estos hombres posmodernos desafiados por la exigencia de la eficiencia, sometidos a imperativos de honestidad y éxito. ¿Cómo son? Yo los conozco bien. Los oigo todos los días lamentarse en el diván por no poder alcanzar las metas que se imponen; despotrican contra las obligaciones que los aplastan, sufren por las imposiciones que no pueden cumplir, gritan exultantes cuando, al fin, tienen éxito con tal o cual trabajo, demandan de su mujer el mismo amor sin barreras que ellos ofrecen. Ya no confían en las causas colectivas; la solidaridad dejó lugar al cálculo de los recursos necesarios para triunfar. Los proyectos de transformación social, en general, cedieron su espacio al proyecto de consagración personal en pareja. El ideal de ganar a cualquier precio, la necesidad de vencer para no perecer, de triunfar para no desaparecer, los transforma en *winners* que se desviven al intentar armonizar los logros profesionales con los logros en la intimidad. El ejecutivo posmoderno de hoy en día –como el de antaño– también va "del sillón al avión y del avión al sillón". Sólo que –neobarroco, al fin– la unión entre esos dos puntos de referencia incluye, ahora, el elíptico circuito que pasa por la cancha de paddle, por el geriátrico para visitar a la mamá que tiene allí depositada, por el *shopping* elegante, por la reunión de padres en la escuela de su hijo pequeño (el del segundo matrimonio, se sobreentiende), por la dentista donde va muerto de miedo cuando ya no puede más, y por el instituto que detiene la caída del cabello después de la clase de yoga y antes de su sesión de análisis.



"La sociedad posmoderna propicia una fidelidad diferente: sexo sin prohibiciones pero medido; sexo libre pero apagado; casa de tolerancia, sí, pero la propia. El varón de los 90 no es reprimido ni transgresor, no es libertino ni mojigato. Es simplemente correcto".

¿Visita a su amante? ¿Tiene aventuras fugaces? Sí. A veces. Menos de lo que cualquiera puede suponer.

¿Cómo le va en ese encuentro amoroso? Ni bien, ni mal. Ningún desenfreno, nada escabroso pasa allí.

¿Cómo sale? Ni culpable, ni exultante. Un poco aburrido, nomás. Libre de excesos, el encuentro lo deja más bien indiferente.

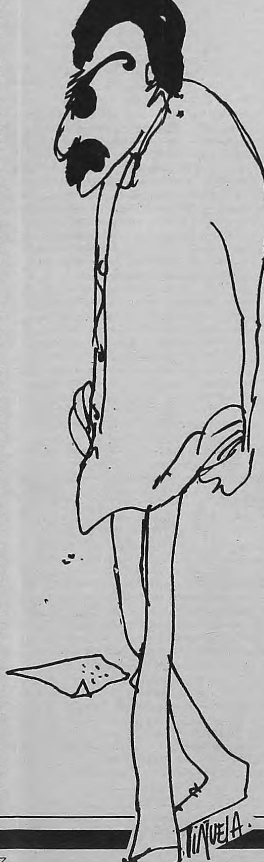
Las mujeres que se les ofrecen para la aventura ocasional, aquellas que toman la iniciativa y con las que "curten", son visualizadas más como un *peligro y un trabajo* que como un remanso de placer. Están allí como una molestia que uno puede enfrentar o eludir. Y, generalmente, eligen esto último. Sólo con las putas la cosa es diferente. Las putas se dedican a atenderlos a cambio de cobrar por el servicio.

Estos hombres posmodernos son los mismos que en la década del 60 reforzaban su virilidad entrenándose cual atletas del sexo para una competencia olímpica. Cantidad y simultaneidad de mujeres regían, entonces, el coeficiente de realización masculina. La felicidad de aquellos años estaba unida a la fascinación ante un universo erótico inimaginable y la diversidad sexual que se abría más allá de la represión auguraba una infinidad de goces imposibles. El poder del "macho", entonces, desbordaba ampliamente el éxito de los múltiples malabarismos para que su mujer no se entere y su amante no lo deje.

Hoy en día, la libertad sexual de los varones es más exhibida que practicada; más declamada que ejercida. El discurso de "cuánta' mina que tengo", la letanía del placer erótico irrestricto, el relato de las hazañas olímpicas duran el tiempo que se tarda en pasar de la charla en la mesa del café con los amigos o en la oficina de la empresa hasta llegar al diván del analista. La exaltación del intercambio de pareja, de la pareja abierta, de la rotación de cónyuges, de la "promiscuidad" asumida, de los excesos libidinales ha perdido la intensidad que supo ostentar en otras épocas. Sólo se la valora en las revistas "porno" que duermen el sueño del desprecio en el kiosco de la esquina, en los avisos clasificados de "servicios de escorts", o en las películas "condicionadas" del videoclub. El tema de la exaltación erótica tiende, cada vez más, a convertirse en nostálgico discurso de ex combatientes. Más sedentarios que nómadas, más equilibrados que paroxísticos, más *clean* que *dirty*, mejor calidad que cantidad, a la sexualidad de los varones posmodernos casi nada le queda del "libertinaje" anunciado en los 60 y pronunciado en los 70. Las libertades sexuales que supimos conseguir entonces parece ser que han abolido los excesos libidinales. Y es así que los vemos instalados en este neoindividualismo posmoderno que permite todo, no obliga a nada, no exalta virtudes, no sataniza inclinaciones ni preferencias sexuales, sugiere apenas un nuevo equilibrio erótico que reemplaza las prescripciones y las proscripciones de la moral burguesa, propiciando una estabilidad *light* que se funda en el acuerdo con uno mismo, en la compatibilidad con el propio deseo: deseo que aspira a la perfección total, al tiempo que se vuelve deseo de nada.

Rasgo de la época: el sexo está más en lo público que en lo privado; más en la televisión, que en la cama; más en la publicidad, que en la intimidad. La pornografía se banaliza y se vulgariza, pero los "levantes" y las "transas" son cada vez menos frecuentes y menos agresivos; poco diversificados, nada arriesgados, hacen gala de una imaginación miserable carente de inventiva.

Tal parecería que la sociedad posmoderna propicia una fidelidad diferente: sexo sin prohibiciones, pero medido; sexo libre, pero apagado; casa de tolerancia, pero la propia.



Así, el varón de los 90 no es reprimido ni transgresor, no es libertino ni mojigato; es, simplemente, correcto. Y la pareja vuelve a cotizarse en la Bolsa de Valores. Suben las acciones; pero a no confundirse: este alza corresponde a la de una pareja reciclada en la que, antes que el deber y la obligación, es la felicidad que dispensa la transparencia del vínculo lo que cuenta. Lejos de ser un fin en sí mismo, el anhelo de formar una pareja basada en la fidelidad se ha convertido en un medio para lograr la más absoluta autonomía liberal del individuo. Ya no se le teme a la pareja como encierro impuesto. Ahora se la busca como privilegiada posibilidad de incrementar el potencial afectivo y emocional del individuo.

Las sanciones a raíz del acoso sexual, las palabras masculinas penalizables, la violación reconocida en el ámbito de la pareja conyugal parecen alimentar el autocontrol de los varones. Estas acciones jurídicas y masmediáticas están al servicio de disuadirlos de sus intenciones de "transar" y encubren una verdadera cruzada represiva que sólo logra higienizar, pasteurizar y neutralizar las relaciones entre los sexos al tiempo que proclama el noble intento de lograr un mayor respeto a las mujeres. Este alud publicitario se asemeja a esas campañas ecologistas que nos quieren verdes, pero no de sexo, sino de verdurita; nos quieren *socius* donde las relaciones sexuales excluyan cualquier tipo de desenfreno y de exceso con miras a un mundo limpio y uniforme, estrictamente funcional. En realidad, la campaña publicitaria de las violaciones y la denuncia del acoso sexual –necesaria e ineludible como es– contribuye al reforzamiento de la indiferencia individualista hacia el otro sexo y se pone al servicio de alentar la suspicacia y la hostilidad hacia cualquier extraño. Por este camino, todo hombre que tome la iniciativa y "encare" a una mujer terminará siendo un peligro hasta que no se pruebe lo contrario. Siguiendo esta lógica, hasta que no se convierta en compañero fiel (y por lo tanto, generalmente aburrido), cada hombre será un enemigo, violador en potencia. Las mujeres si no lo saben lo intuyen, y se quejan: se quejan porque los hombres las ignoran o las violan, pero ya no quieren –o no saben cómo–, dicen, "hacer el amor".

Seguramente la vulnerabilidad personal; la exageración de la fragilidad y la desprotección; la amenaza siempre presente del desamparo y la desafiliación del varón posmoderno en nada es ajena a este alza de las acciones conyugales. Tal parecería que sólo la estabilidad y la seguridad emocional en el espacio privado que la fidelidad en la pareja conyugal garantiza pueden atenuar los estragos que causa un mundo donde todo cambia vertiginosamente, donde la vorágine de la vida cotidiana asusta, donde desaparecen los puntos fijos de referencia. Tal parecería que sólo la permanencia de la relación afectiva, la mismidad de la pareja estable y monogámica estarían en condiciones de alejar los temores y la incertidumbre que despierta la turbulencia del caos.

Y hay algo más, aún: la imagen de la mujer absorbente, posesiva, insaciable y dependiente del amor –mujer que está siempre dispuesta a mantenernos presos de su deseo– ayudó a la construcción de ese modelo de varón mujeriego y tramposo: conquistador de mujeres que funda su virilidad sobre la jactancia de no quedar prisionero de ninguna. Lo que para los varones comenzó siendo un "no" a la "sobreprotección" –un "no" al cautiverio con la propia madre– continuó, después, siendo un "no" a las demás mujeres. Pero, hoy en día, ya todo el mundo sabe que detrás (y dentro) de cada "Don Juan" se encuentra un hombre (o un niño) que teme y desprecia a las mujeres.

No obstante –y feminismo mediante– la imagen de la mujer posesiva, insaciable y dependiente del amor está cambiando aceleradamente. La gradual independencia y autonomía lograda por la mujer, el prestigio creciente de los valores femeninos asumidos, también, por sujetos masculinos, permite augurar el surgimiento de un modelo de varón más reconciliado con sus potencialidades y con sus debilidades: "Machos fieles de gran corazón" cuya identidad se juega en la posibilidad de ir, poquito a poco, perdiéndole el miedo a las mujeres, quedarse a fondo y "dados vuelta" con una sola. Resta saber, ahora, si las mujeres serán capaces de aceptar el desafío que esta nueva fidelidad masculina les impone.

* *Médico y psicoanalista.*

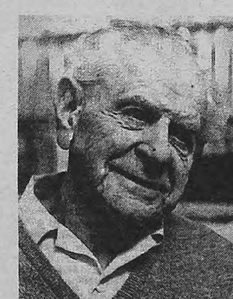
"...POPPER ES MARXISTA!!!"

*Por Eduardo Rabossi**

1. Lo sentaron de un empujón delante del funcionario policial. Trató de tranquilizarse. Un par de días atrás había sido secuestrado en Buenos Aires y trasladado luego a Bahía Blanca. Había conocido la violencia física y entrevisto la posibilidad del final. Pero ahora, ciertos rasgos de la situación sugerían que "lo habían blanqueado". El interrogatorio apuntaba a "confirmar" su connivencia con el marxismo. "¿Dónde estudiaste?"/ "En Filosofía de la UBA... y en la Universidad de Londres". El dato, que creyó liberador, se volvió en su contra: las conexiones internacionales comenzaban a aparecer. "¿Qué hiciste ahí?"/ Estudié filosofía, especialmente con Bernard Williams... además, tomé varios cursos con Popper"/ "¿Con quién?"/"Con el Profesor Karl Popper". Lo de "Karl" le sonaba al policía: era un nombre obviamente sospechoso. Pero intentó asegurarse: "¿Cómo se escribe el apellido?"/ "P-o-p-p-e-r". La prueba definitiva se había producido. Con ese nombre y ese apellido, ¿qué duda podía caber: "¿Estudiaste con ese marxista?". Sorprendido, atinó a mascullar: "Pero no... pero si Popper... si *La sociedad abierta*...". No pudo completar la frase. El policía, golpeando la mesa, sentenció: "...Popper es marxista!!!". El objetivo inquisitorial había sido alcanzado.

No es si Popper conoció esta historia (dicho sea de paso, me la relató Félix Schuster). De conocerla, le habría causado gracia ("¿Yo marxista?"). Posiblemente, lo habría hecho reflexionar sobre la relación de los tiempos verbales con el absurdo y la verdad. Porque en la posguerra del 18 Popper *sí fue* marxista: abrazó la socialdemocracia (que en esos años era una opción marxista) y militó por un tiempo en las filas del comunismo. En esto, Popper no fue una excepción. Muchos jóvenes intelectuales austríacos, de ideales progresistas, adoptaron posiciones parecidas. Los miembros del Círculo de Viena ejemplifican ese fenómeno. Pero la cosa no duró mucho tiempo. La furia reaccionaria de Dolfuss y la barbarie nazi terminaron con un renacimiento que habría hecho de Austria uno de los países líderes del siglo XX en materia filosófica.

2. "El encuentro con el marxismo fue uno de los grandes acontecimientos de mi desarrollo intelectual...", porque "me hizo falibilista" (las opiniones "ciertas" acerca del mundo pueden fallar) y "me inculcó el valor de la modestia intelectual". No hay contradicción en estas afirmaciones, Popper asume el marxismo como un credo que se basa en el conocimiento de las leyes del devenir histórico para prometer un mundo mejor. Un dogmatismo ilustrado, digamos. Su crisis se produce cuando advierte que no hay tal *conocimiento* y que, en situaciones concretas, sus camaradas toman decisiones de muy dudosa moralidad. "La reacción me tornó primero un escéptico: por un tiempo reaccioné contra todo racionalismo. Luego me volví antimarxista... Por algunos años seguí siendo socialista... y si pudiera haber tal cosa como el socialismo combinado con la libertad individual, seguiría siendo socialista... (pero) la libertad es más importante que la igualdad... (y) el intento de lograr la igualdad pone en peligro la libertad..." Es notable lo poco falibilista que es Popper cuando están en juego sus propias opiniones políticas y filosóficas, la manera ingenuamente acrítica en que recoge los términos de la polémica entre "libertarios" e "igualitarios", y la escasa modestia intelectual que caracteriza las afirmaciones con las que respalda sus emotivas decisiones.



3. *La sociedad abierta y sus enemigos* data de 1945. Es la única obra filosófica de Popper que, en la posguerra, presentó batalla a los intentos de forjar teorías generales acerca de cómo diseñar y hacer funcionar una sociedad. Doce años más tarde, *La pobreza del historicismo* completa el plan de Popper. Mucho se ha escrito y discutido acerca de la confiabilidad de sus interpretaciones, de la validez de sus inferencias y, en general, del peso final de sus argumentos. También se han analizado y criticado, con razón, sus propuestas alternativas: su confianza en la "ingeniería social gradual", su caracterización de la sociedad abierta en términos de fideístas ("fe en la razón, en la libertad y en la hermandad de todos los hombres...") y sus puntos de contacto con Hayek y el neoconservadurismo. Pero creo interesante dejar planteada una pregunta que debería merecer atención: ¿cuál es la conexión existente (si la hay) entre las tesis de Popper sobre el conocimiento y sus dogmas políticos (en particular, el liberalismo individualista)? Popper ha asociado el racionalismo con el humanitarismo, pero ha reconocido que a veces el irracionalismo también está asociado a él. A continuación ha subrayado que, aunque esto se dé en la práctica, carece en realidad de fundamento. Pero, ¿cómo juegan esas relaciones (si las hay)? Mi impresión es que el sistema popperiano (teoría del conocimiento + teoría política) constituye un bloque mucho más compacto de lo que parece a primera vista, y que no resulta tan obvio que se pueda tratar a sus componentes como ámbitos estancos.

4. Ha fallecido uno de los filósofos importantes del siglo XX. Va a pasar a la historia. Mi apuesta es que lo va a ser, no tanto por sus contribuciones originales, sino por el peso de sus planteos críticos. Obviamente, que jamás por su marxismo.

* *Filósofo. Ex secretario de Derechos Humanos durante el gobierno de Raúl Alfonsín.*

La etnología enseña

LAS TRANSICIONES SON PERIODOS DE ALTO RIESGO

*Por Marc Augé **

Una cosmología constituye no un objeto de investigación y reconocimiento, sino por el contrario, un grupo de indicaciones a partir de las cuales lo real puede interpretarse. En ese sentido, todas las cosmologías, a diferencia de la ciencia, eliminan el riesgo de error. Pero, reconfortadas por las grandes regularidades que todas las culturas del mundo supieron observar (el cambio del día y la noche, el regreso de las estaciones, la recurrencia de los astros y de las constelaciones, las muertes y los nacimientos), las cosmologías se ven confrontadas diariamente con la prueba de lo real, con todos los hechos que desafían el orden establecido y hacen fracasar las previsiones: los eclipses, la sequía, las epidemias, la muertes de los recién nacidos, etc.

Algunos de estos accidentes son relativamente frecuentes (pienso en la mortalidad infantil en general) y son objeto de teorizaciones y de interpretaciones a priori (por ejemplo, sólo se considera como verdaderamente nacido al niño que sobrevive un cierto tiempo: el nacimiento, como la muerte, pasa por varias etapas). Por lo tanto, no es tanto el accidente, lo imprevisible, sino la repetición o una diferencia demasiado grande con respecto a la norma las que constituyen el problema.

Todo el aparato simbólico de las sociedades cosmológicas está volcado hacia la prevención y la interpretación. Por eso, todas las transiciones son consideradas como períodos de alto riesgo. Como si nunca se estuviera seguro de que el día comienza, que las lluvias regresan, que un jefe sucede a otro jefe. El fin del ciclo anual y los interregnos están marcados siempre por una intensa actividad ritual que a menudo toma forma, en culturas muy alejadas unas de otras, de rituales de inversión a lo largo de los cuales las posiciones y los roles se cambian: las mujeres imitan a los hombres y los esclavos a los hombres libres, como si esta provocación al desorden garantizara el regreso al orden.

La enfermedad, la muerte, la desgracia individual o colectiva son así objetos de rituales de interpretación o de prevención hasta el momento en que la realidad se conforma al tratamiento intelectual de la que es el objeto.

Sólo la interrupción de un gran Otro, el colonizador, modifica profundamente las cosas, porque aleja las fronteras del mundo y porque los recién llegados no juegan el juego. Los pueblos colonizados fueron los primeros sometidos a la prueba de la planetarización, a la acción de las fuerzas en las que el origen se situaba espacial e intelectualmente en el exterior de sus universos de reconocimiento respectivo y, por esta razón, ellos no podían dominar el significado.

Este desorden se traduce en todo, a través de la aparición de movimientos llamados "sincréticos", "mesiánicos" o "proféticos", por una individualización de los procedimientos. Doble individualización, en efecto: son los individuos, las personalidades de excepción quienes intentan, en contextos desigualmente violentos, enfrentar al desafío simbólico (que no es evidentemente solamente simbólico) del Otro, creando, cueste lo que cueste, su propia cosmología. Pero son los individuos también (y no sólo las colectividades organizadas) quienes se dirigen a ellos para resolver viejos problemas (enfermedad, muerte) y nuevos problemas (fracaso escolar, dificultades profesionales, desempleo). Los itinerarios de esos individuos (de un profeta a otro, de un dispensario a otro, de un curandero a otro) los individualizan doblemente porque los recorridos de la desgracia, aunque se parezcan, son irremediablemente singulares.

Una pregunta al final de esta evocación demasiado apresurada y generalizada: ¿la situación colonial, en su contexto particular, no puede aparecer como el anticipo de una situación hoy generalizada? La individualización de los recorridos, la confrontación directa con la imagen del planeta, el hundimiento de las cosmologías mediatrices elaboradas por los "cuerpos intermediarios" (partidos, sindicatos, escuelas) provocan estados de inseguridad inéditos.

Pasado el período conquistador del capitalismo imperialista, nacieron nuevos temores, que se pueden ligar a la vez a la dimensión planetaria de las referencias contemporáneas (la capa de ozono, la diseminación nuclear, el SIDA) y a la dimensión inmediatamente individual de nuestra percepción del mundo. La instantaneidad y la ubicuidad que autoriza, al costo de algunas ilusiones, el recurso a los diversos medios (el cortocircuito mediático sustituyendo las mediaciones simbólicas) crean las condiciones de una democratización de la angustia de la que no hemos terminado quizás de medir los efectos. No es por lo tanto tan asombroso que, para conjurar los peligros de un gran vacío incalificable y los vértigos que provoca, se reafirme incesantemente, bajo diversas formas, la nostalgia por los mundos cerrados y por las seguridades totalitarias.

* *Antropólogo. Llegará a la Argentina el lunes próximo a presentar su último libro,* Le sens des autres. *También dictará dos seminarios en la Fundación Interfás y una charla auspiciada por* **Página/12**. *Fuente:* Magazine Littéraire, *traducción: Celita Doyhambehere)*

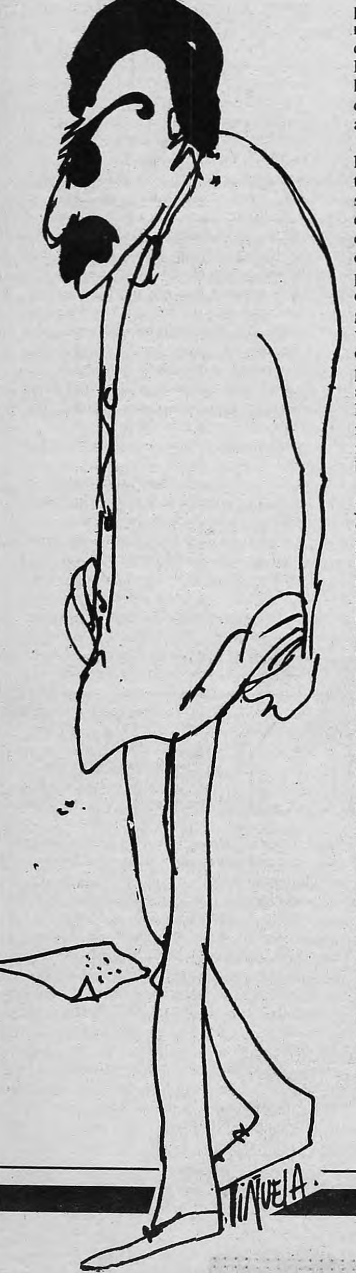


a sociedad posmoderna ropicia una fidelidad diferente: sexo sin prohibiciones pero edido; sexo libre pero apagado; casa de tolerancia, sí, pero la ropia. El varón de los 90 no es reprimido ni transgresor, no es ertino ni mojigato. Es implemente correcto".

seo que aspira a la perfección total, al tiempo que se vuelve deseo de nada.

Rasgo de la época: el sexo está más en lo público que en lo privado; más en la televisión, que en la cama; más en la publicidad, que en la intimidad. La pornografía se banaliza y se vulgariza, pero los "levantes" y las "transas" son cada vez menos frecuentes y menos agresivos; poco diversificados, nada arriesgados, hacen gala de una imaginación miserable carente de inventiva.

Tal parecería que la sociedad posmoderna propicia una fidelidad diferente: sexo sin prohibiciones, pero medido; sexo libre, pero apagado; casa de tolerancia, pero la propia.



Así, el varón de los 90 no es reprimido ni transgresor, no es libertino ni mojigato; es, simplemente, correcto. Y la pareja vuelve a cotizarse en la Bolsa de Valores. Suben las acciones; pero a no confundirse: este alza corresponde a la de una pareja reciclada en la que, antes que el deber y la obligación, es la felicidad que dispensa la transparencia del vínculo lo que cuenta. Lejos de ser un fin en sí mismo, el anhelo de formar una pareja basada en la fidelidad se ha convertido en un medio para lograr la más absoluta autonomía liberal del individuo. Ya no se le teme a la pareja como encierro impuesto. Ahora se la busca como privilegiada posibilidad de incrementar el potencial afectivo y emocional del individuo.

Las sanciones a raíz del acoso sexual, las palabras masculinas penalizables, la violación reconocida en el ámbito de la pareja conyugal parecen alimentar el autocontrol de los varones. Estas acciones jurídicas y masmediáticas están al servicio de disuadirlos de sus intenciones de "transar" y encubren una verdadera cruzada represiva que sólo logra higienizar, pasteurizar y neutralizar las relaciones entre los sexos al tiempo que proclama el noble intento de lograr un mayor respeto a las mujeres. Este alud publicitario se asemeja a esas campañas ecologistas que nos quieren verdes, pero no de sexo, sino de verdurita; nos quieren *socius* donde las relaciones sexuales excluyan cualquier tipo de desenfreno y de exceso con miras a un mundo limpio y uniforme, estrictamente funcional. En realidad, la campaña publicitaria de las violaciones y la denuncia del acoso sexual –necesaria e ineludible como es– contribuye al reforzamiento de la indiferencia individualista hacia el otro sexo y se pone al servicio de alentar la suspicacia y la hostilidad hacia cualquier extraño. Por este camino, todo hombre que tome la iniciativa y "encare" a una mujer terminará siendo un peligro hasta que no se pruebe lo contrario. Siguiendo esta lógica, hasta que no se convierta en compañero fiel (y por lo tanto, generalmente aburrido), cada hombre será un enemigo, violador en potencia. Las mujeres si no lo saben lo intuyen, y se quejan: se quejan porque los hombres las ignoran o las violan, pero ya no quieren –o no saben cómo–, dicen, "hacer el amor".

Seguramente la vulnerabilidad personal; la exageración de la fragilidad y la desprotección; la amenaza siempre presente del desamparo y la desafiliación del varón posmoderno en nada es ajena a este alza de las acciones conyugales. Tal parecería que sólo la estabilidad y la seguridad emocional en el espacio privado que la fidelidad en la pareja conyugal garantiza pueden atenuar los estragos que causa un mundo donde todo cambia vertiginosamente, donde la vorágine de la vida cotidiana asusta, donde desaparecen los puntos fijos de referencia. Tal parecería que sólo la permanencia de la relación afectiva, la mismidad de la pareja estable y monogámica estarían en condiciones de alejar los temores y la incertidumbre que despierta la turbulencia del caos.

Y hay algo más, aún: la imagen de la mujer absorbente, posesiva, insaciable y dependiente del amor –mujer que está siempre dispuesta a mantenernos presos de su deseo– ayudó a la construcción de ese modelo de varón mujeriego y tramposo: conquistador de mujeres que funda su virilidad sobre la jactancia de no quedar prisionero de ninguna. Lo que para los varones comenzó siendo un "no" a la "sobreprotección" –un "no" al cautiverio con la propia madre– continuó, después, siendo un "no" a las demás mujeres. Pero, hoy en día, ya todo el mundo sabe que detrás (y dentro) de cada "Don Juan" se encuentra un hombre (o un niño) que teme y desprecia a las mujeres.

No obstante –y feminismo mediante– la imagen de la mujer posesiva, insaciable y dependiente del amor está cambiando aceleradamente. La gradual independencia y autonomía lograda por la mujer, el prestigio creciente de los valores femeninos asumidos, también, por sujetos masculinos, permite augurar el surgimiento de un modelo de varón más reconciliado con sus potencialidades y con sus debilidades: "Machos fieles de gran corazón" cuya identidad se juega en la posibilidad de ir, poquito a poco, perdiéndole el miedo a las mujeres, quedarse a fondo y "dados vuelta" con una sola. Resta saber, ahora, si las mujeres serán capaces de aceptar el desafío que esta nueva fidelidad masculina les impone.

** Médico y psicoanalista.*

La etnología enseña

LAS TRANSICIONES SON PERIODOS DE ALTO RIESGO

Por Marc Augé *

Una cosmología constituye no un objeto de investigación y reconocimiento, sino por el contrario, un grupo de indicaciones a partir de las cuales lo real puede interpretarse. En ese sentido, todas las cosmologías, a diferencia de la ciencia, eliminan el riesgo de error. Pero, reconfortadas por las grandes regularidades que todas las culturas del mundo supieron observar (el cambio del día y la noche, el regreso de las estaciones, la recurrencia de los astros y de las constelaciones, las muertes y los nacimientos), las cosmologías se ven confrontadas diariamente con la prueba de lo real, con todos los hechos que desafían el orden establecido y hacen fracasar las previsiones: los eclipses, la sequía, las epidemias, la muertes de los recién nacidos, etc.

Algunos de estos accidentes son relativamente frecuentes (pienso en la mortalidad infantil en general) y son objeto de teorizaciones y de interpretaciones a priori (por ejemplo, sólo se considera como verdaderamente nacido al niño que sobrevive un cierto tiempo: el nacimiento, como la muerte, pasa por varias etapas). Por lo tanto, no es tanto el accidente, lo imprevisible, sino la repetición o una diferencia demasiado grande con respecto a la norma las que constituyen el problema.

Todo el aparato simbólico de las sociedades cosmológicas está volcado hacia la prevención y la interpretación. Por eso, todas las transiciones son consideradas como períodos de alto riesgo. Como si nunca se estuviera seguro de que el día comienza, que las lluvias regresan, que un jefe sucede a otro jefe. El fin del ciclo anual y los interregnos están marcados siempre por una intensa actividad ritual que a menudo toma forma, en culturas muy alejadas unas de otras, de rituales de inversión a lo largo de los cuales las posiciones y los roles se cambian: las mujeres imitan a los hombres y los esclavos a los hombres libres, como si esta provocación al desorden garantizara el regreso al orden.

La enfermedad, la muerte, la desgracia individual o colectiva son así objetos de rituales de interpretación o de prevención hasta el momento en que la realidad se conforma al tratamiento intelectual de la que es el objeto.

Sólo la interrupción de un gran Otro, el colonizador, modifica profundamente las cosas, porque aleja las fronteras del mundo y porque los recién llegados no juegan el juego. Los pueblos colonizados fueron los primeros sometidos a la prueba de la planetarización, a la acción de las fuerzas en las que el origen se situaba espacial e intelectualmente en el exterior de sus universos de reconocimiento respectivo y, por esta razón, ellos no podían dominar el significado.

Este desorden se traduce en todo, a través de la aparición de movimientos llamados "sincréticos", "mesiánicos" o "proféticos", por una individualización de los procedimientos. Doble individualización, en efecto: son los individuos, las personalidades de excepción quienes intentan, en contextos desigualmente violentos, enfrentar al desafío simbólico (que no es evidentemente solamente simbólico) del Otro, creando, cueste lo que cueste, su propia cosmología. Pero son los individuos también (y no sólo las colectividades organizadas) quienes se dirigen a ellos para resolver viejos problemas (enfermedad, muerte) y nuevos problemas (fracaso escolar, dificultades profesionales, desempleo). Los itinerarios de esos individuos (de un profeta a otro, de un dispensario a otro, de un curandero a otro) los individualizan doblemente porque los recorridos de la desgracia, aunque se parezcan, son irremediablemente singulares.

Una pregunta al final de esta evocación demasiado apresurada y generalizada: ¿la situación colonial, en su contexto particular, no puede aparecer como el anticipo de una situación hoy generalizada? La individualización de los recorridos, la confrontación directa con la imagen del planeta, el hundimiento de las cosmologías mediatrices elaboradas por los "cuerpos intermediarios" (partidos, sindicatos, escuelas) provocan estados de inseguridad inéditos.

Pasado el período conquistador del capitalismo imperialista, nacieron nuevos temores, que se pueden ligar a la vez a la dimensión planetaria de las referencias contemporáneas (la capa de ozono, la diseminación nuclear, el SIDA) y a la dimensión inmediatamente individual de nuestra percepción del mundo. La instantaneidad y la ubicuidad que autoriza, al costo de algunas ilusiones, el recurso a los diversos medios (el cortocircuito mediático sustituyendo las mediaciones simbólicas) crean las condiciones de una democratización de la angustia de la que no hemos terminado quizás de medir los efectos. No es por lo tanto tan asombroso que, para conjurar los peligros de un gran vacío incalificable y los vértigos que provoca, se reafirme incesantemente, bajo diversas formas, la nostalgia por los mundos cerrados y por las seguridades totalitarias.

** Antropólogo. Llegará a la Argentina el lunes próximo a presentar su último libro,* Le sens des autres. *También dictará dos seminarios en la Fundación Interfás y una charla auspiciada por **Página/12**. Fuente:* Magazine Littéraire, *traducción: Celita Doyhambehere)*



TALA DE CIENTIFICOS



El Banco Mundial le sugirió a Ghana talar sus bosques; a la Argentina le sugiere desmontar su sistema científico tecnológico. El anuncio de la venta de la CNEA y las penurias del INTI son nuevos signos de la crisis terminal de un modelo de ciencia criolla. Dos mesas redondas y una interpelación fallida reseñadas en esta página dan cuenta de los intentos de encontrar nuevos caminos.

Existe un proyecto científico?, ¿existió alguna vez?, ¿para qué sirvieron Leloir y Houssay, esa suerte de Maradonas de la ciencia argentina?, ¿cuál es el papel que debería jugar el Estado en esta historia?, ¿dónde está el quiebre entre una investigación básica medianamente reconocida a nivel internacional y la aplicación tecnológica nula de sus desarrollos?. **La culpa ¿es de los políticos, de los científicos, del Banco Mundial, de un sistema estrangulado en sí mismo?, ¿cuál es la ciencia posible en el Tercer Mundo? Para buscar respuestas a estos interrogantes a sala llena y bajo el título romántico de "Había una vez una ciencia", investigadores jóvenes y formados se reunieron en la Fundación Banco Patricios para analizar el destino de la ciencia argentina en este fin de siglo. Los que se sentaron a la mesa fueron Marcelo Mora (Instituto de Investigaciones Farmacológicas, Mónica Nembrot (FIBIO-Fundación Argentina de Investigaciones Biomoleculares),** Ruth Rosenstein (Departamento de Fisiología, Facultad de Medicina), Néstor Gaggioli (Comisión Nacional de Energía Atómica), Andrés Carrasco (Instituto de Biología Experimental), Alberto Kornblihtt (Instituto de Ingeniería Genética y Biología Molecular) y Guillermo Jaim Etcheverry ex decano de la Facultad de Medicina.

Mónica Nembrot abrió el fuego con algunas preguntas claves que fueron retomando los distintos expositores: "¿Cómo se consigue más presupuesto universitario, cómo se distribuye adecuadamente y qué es lo que estamos haciendo mal para que chicos que ingresan a la facultad con ganas de trabajar y crecer en ciencia parezcan abuelos posmodernos de sí mismos después de tan sólo cinco años de carrera universitaria? ¿Somos nosotros o es la perspectiva de futuro que les estamos ofreciendo?" En plena economía de mercado y cuando la Argentina está decidida a privatizar hasta el átomo, a juzgar por el destino futuro que tomaría la Comisión Nacional de Energía Atómica, para Rosenstein "el rol protagónico del Estado en la ciencia y la técnica es absolutamente indelegable, con el agravante particular en este país de la existencia de un sector empresarial que, sacando muy pocas y honrosas excepciones, no muestra ningún interés de coparticipar aunque más no sea en inversiones de alto riesgo y que apuesta en el mejor de los casos a convertirnos en un país importador de tecnología. No cabe ninguna duda de que la ciencia y la técnica son hoy herramientas claves para el desarrollo de las naciones y basta con echar un vistazo a los conocidos países del mundo desarrollado que protagonizan las ciencias básicas subsidiándolas en su mayor parte e incluso desarrollando tecnología de punta.

Marcelo Mora apoyó el estímulo de la investigación básica. "Trabajos eminentemente básicos como el estudio de vidrios de spin trajeron aparejados el desarrollo de la inteligencia artificial y cómo se almacena la memoria. Nunca se sabe en qué momento un desarrollo científico básico puede producir un gran impacto a nivel tecnológico. En los países periféricos es habitual el discurso de que hay que tomar la ciencia que se hace en los centrales –lo que se llamaría ciencia de retorno– para aplicar copiando lo que ellos desarrollan. Pero esto siempre nos deja un paso atrás y para poder aplicar un desarrollo es necesario tener una cultura científica que se logra después de muchos años de hacer ciencia, con una universidad que funcione plenamente y prepare gente para trabajar en ella. Alberto Kornblihtt coincidió con Mora. "Creo que todos los países, aun los no desarrollados como el nuestro, deben realizar investigación básica aunque no tenga aplicación inmediata, siempre que ello vaya acompañado de la formación de recursos humanos que puedan comprender las metodologías, las tendencias, las patentes que van a proteger a los productos que seguramente nos querrán vender en el futuro. De modo tal que no solamente generemos cosas que tengan una aplicación técnica inmediata sino una ciencia básica fuerte que pueda criticar y saber distinguir cuando a uno le quieren vender gato por liebre.

Gaggioli, por su parte, centró sus conceptos en la brecha entre científicos y políticos que "es lo que le impidió a la ciencia anclarse en la sociedad. Esto llega a tal punto que nosotros somos capaces de generar premios nobeles pero después no sabemos qué hacer con ellos ni con lo que hicieron, los mostramos en una vidriera durante un cierto tiempo y después los guardamos en un cajón. Este problema viene desde el origen de nuestra nación... para la base oligárquica del poder que tenía un modelo agroexportador dependiente, la ciencia no tenía ninguna importancia, es decir, se podían importar los resultados de la ciencia como se importaba todo. Aunque éramos el granero del mundo –o de Inglaterra, mejor dicho– recién mucho tiempo después de crearse la Universidad de La Plata se constituye la primera facultad de agronomía del país: no había ninguna relación entre los que producían y las universidades, no había relación tampoco en aquella época. Creo que aún hoy en amplios sectores de la clase dirigente no consideran que la ciencia tenga algo que ver con el sector productivo".

Quizá la única excepción fue la Comisión Nacional de Energía Atómica en la que se integró desde la investigación básica hasta el sector productivo. Este es un ejemplo y no es casual que sea lo primero que se destruye. La Argentina tiene excelentes recursos humanos. El problema es puramente político. El Banco Mundial le sugirió a Ghana una política que le llevó a talar sus bosques de manera que en la actualidad sólo queda el 25 por ciento de la superficie cubierta por árboles que tenía a mediados de los 70. Para la Argentina sugiere desmontar el sistema científico tecnológico.

Carrasco puso buena parte de las culpas puertas adentro de la ciencia y liberó en parte a la dirigencia. "Aquí se gestó un modelo científico muy serio, en los 20 alrededor de Houssay a quien respeto enormemente como científico pero que es un modelo absolutamente desentendido de lo social. Los temas de trabajo que se eligen en ese momento son temas que le interesaban al Norte, ese divorcio no es entre los políticos y los científicos, sino de los científicos con su contexto social y por eso comenzaron a estudiar y desarrollar con mucha fuerza y mucha seriedad problemas que a nosotros no nos interesaban. Ese aislamiento creó instituciones que nada tenían que ver con la realidad de la sociedad, con sus necesidades, sus prioridades. Yo no le echaría la culpa al político sino a un modelo de dominación o un modelo de país. Y en ese sentido sí podemos decir que hubo un proyecto científico: una ciencia que no sirviera, que permitiera tan sólo tener figuritas para mostrar."

Jaim Etcheverry puso el énfasis en la crisis del país, de la clase dirigente y del sistema educativo en particular, todos elementos, a su juicio, íntimamente interrelacionados.

"Yo creo que la nave va sin destino: parecería que a la clase dirigente sólo le importa el bienestar económico y no parece que detrás de esa preocupación esté la intención de darle un rumbo a la Argentina. Aquí quizá no tendremos tala de árboles pero sí tala de científicos, tala de la cultura, tala de todo lo que da un sentido al país, y me parece que eso es lo preocupante y que la privatización de la CNEA pueda hacerse sin una reacción social importante es una confirmación de esa falta de interés de la clase dirigente que asiste a esta crisis sin ninguna preocupación. Estamos al final de un modelo de ciencia espontaneísta que fue bueno para alguna época de la Argentina pero que ya no sirve y que lo llevó al fin su propia contradicción, la de seguir creciendo en forma completamente anárquica sin ninguna idea detrás. Estamos viviendo el momento final, en que cada uno trata de salvarse como pueda. La plata destinada a investigación es escasa. En el área farmacéutica una sola compañía de Estados Unidos invierte una suma similar al presupuesto de todas las universidades nacionales argentinas. El presupuesto argentino es escaso y está mal usado, repartido por todos lados, llevándonos a una ficción, que es en realidad una suerte de parálisis, en la que todos hacen como que hacen pero en realidad nadie hace nada." Hay severas deficiencias en los alumnos universitarios y por eso es muy difícil sostener la necesidad de una ciencia en un medio que tiene ese nivel de formación y de comprensión del mundo que lo rodea. El debate universitario no pasa generalmente por los profesionales que estamos formando como fotocopias, pero de esas fotocopias a las cuales no les han pasado fijador, que se borran, son hojas en blanco del futuro. Me parece que tenemos un problema grave de nivel déficit educativo y tenemos que hacer un gran esfuerzo para corregirlo y conseguir que la ciencia entre alguna vez como tema de discusión. Mientras tanto nos venderán... nos talarán a todos.

GRAGEAS

REDES. "A un país no le basta con tener muchos y buenos científicos para desarrollarse, sino una sociedad que incorpore a la ciencia y a la tecnología. Al volver de Estados Unidos, Sarmiento decía que las matemáticas estaban en los músculos de los obreros norteamericanos. Por eso *Redes* se percibe a sí misma como hija de una unión legítima, la de la universidad con la sociedad a la que pertenece. Y desde esa sociedad pretendemos expresar a la ciencia." Con estas palabras de su director, Mario Albornoz, se presentó en el ICI la revista *Redes*, con una mesa integrada además por el rector de la Universidad de Quilmes, Julio Villar; el decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, Juan Carlos Portantiero, y el filósofo Félix Schuster.

LAPICERA ELECTRONICA. Una lapicera inventada en Israel permite enviar por fax o correo electrónico mensajes o dibujos escritos manualmente. El sistema se basa en que, a pesar de diferencias de trazos o idiomas, la escritura cursiva de las personas tiene entre doce y catorce movimientos diferentes. El invento no hace más que traducir los movimientos de la mano en códigos universales que se leen en la computadora o se pueden enviar por línea telefónica. La lapicera de la empresa Baron no sólo sirve para enviar mensajes más personales, también se podrá manipular con ella la realidad virtual. Además, ya se vislumbra su uso en situaciones donde se necesite verificar la identidad de alguien, como en el uso de la tarjeta de crédito o el acceso a una computadora.

EL INTI EN EL CONGRESO

Luego del informe publicado por **Futuro** sobre la grave situación del Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI), los diputados se preocuparon por el asunto. La Comisión de Ciencia y Técnica de la Cámara baja en pleno citó a Mario Villani y Alejandro Lipsich –los dos investigadores del INTI y pertenecientes a la comisión interna de ATE–, quienes ampliaron detalles sobre la información que aparecía en la nota y presentaron documentación sobre irregularidades tales como suspensión y despidos arbitrarios de investigadores, reducciones absurdas de presupuesto y padecimientos ridículos como cortes de gas, regalos de instalaciones del INTI a un sacerdote, suspensión de las relaciones con el instituto par de Alemania en perjuicio de los trabajos que se venían desarrollando y nombramientos irregulares.

La comisión de la Cámara baja elaboró una larga lista de preguntas para invitar a que las respondiera el secretario de Industria, Carlos Magariños, de quien el INTI depende en forma directa. La cita era para el martes pasado, pero el funcionario alegó que no tenía tiempo de concurrir a informar, aunque lo haría por escrito si le enviaban las preguntas. Lo más probable es que los legisladores insistan, ya que para conseguir que se haga una investigación del caso deberían primero lograr la aprobación de la Cámara, donde impera la mayoría menemista.